

LA TIERRA, FACTOR DE HUMANIZACION

Los discursos de nuestros gobernantes abundan en afirmaciones categóricas que demuestran el alto nivel de sus aspiraciones. Las evaluaciones prácticas, hechas con la misma sinceridad, pregonan las limitaciones de nuestra capacidad realizadora. La cita que comentamos data del 5 de marzo de 1960. Fue pronunciada por el entonces Presidente Rómulo Betancourt con ocasión de la promulgación de la Ley de Reforma Agraria:

"Conciudadanos: No puedo ocultar que ha sido trance singular de mi vida éste de hoy, en que en calidad de Jefe del Estado libremente electo por el pueblo he estampado mi firma en un documento que los nietos de nuestros nietos leerán como una segunda Acta de Independencia de Venezuela."

No fue una frase lanzada en un momento de entusiasmo privado. Tuvo como tribuna el histórico Campo de Carabobo y le acompañaron en el acontecimiento otros cuatro oradores, de los cuales dos iban a ocupar también la primera magistratura de la República. Todos ellos destacaron la relación entre aquel escenario, símbolo de nuestra independencia política, y la Ley de Reforma Agraria como instrumento de liberación del campesino.

Hoy, 5 de marzo de 1972, el Campo de Carabobo ha celebrado su flamante sexquicentenario con autopista nueva; en cambio, el campesino no se ha podido liberar de sus alparagas viejas. ¡La reforma agraria ha fracasado!, es la razón que se aduce.

Una peligrosa confusión

Llama poderosamente la atención el hecho de que se identifique el agro con el campesino. Su íntima conexión no significa, sin embargo, identificación. Una exitosa liberación de la tierra de su sistema de ataduras propietarias no significa automáticamente la liberación del campesino. Cuando la promoción del campesinado se identifica con "reforma agraria", hay el peligro de supeditar al hombre del campo a las exigencias de la tierra. En vez de ser la tierra un instrumento de liberación del hombre, resulta el hombre un instrumento al servicio de la tierra.

El criterio economista con que se evalúa el éxito o fracaso de la reforma agraria confirma esta apreciación. Todo está orientado a la productividad de la tierra y el campesino está en función de esa productividad. Esta finalidad parece justificar hasta la eliminación del campesinado. ¿Tendríamos que concluir, entonces, que la única liberación del campesino consiste en que sea desarraigado del campo? El proceso que estamos viviendo parece indicarlo así. Conforme avanza la reforma agraria, el campo se despuebla. Como no creemos que sea éste el sentido de "liberación del campesino", nos atrevemos a afirmar que la reforma de la tierra no libera al campesino.

Añoranza del hombre

El enfoque de supeditar al hombre en función de los bienes materiales no es privativo de los proyectos para el campo. El mismo criterio se aplicó en el sector industrial. Hoy podemos evaluar los resultados deshumanizantes de este enfoque: urbanización, masifi-

cación, despersonalización. Se reconoce con facilidad que el empeño de abundar en bienes económicos ha impuesto unas condiciones de vida que secan los valores humanos. Los profetas modernos pregonan el moderno fracaso humanístico. Comienza a despertar un miedo a la ciudad y una añoranza de los valores humanos perdidos. El campo y la naturaleza comienzan a atraer de nuevo.

Este hecho nos obliga a repensar nuestra política agraria. El ideal de ayer —la gran industrialización que obligó al despoblamiento del campo— se derrumba ante la realidad de sus resultados humanos. La reforma agraria, en su sentido tradicional, estaba orientada a la consecución de aquel ideal. Debemos aprender la lección de quienes nos precedieron en el camino. Estamos a tiempo para emprender una política del campo con enfoque nuevo, centrado en la promoción del hombre del campo, no en su eliminación; en la búsqueda de una estructura que fomente sus incontaminadas virtualidades humanas.

Reto a la creatividad

Una nueva política agraria supone la superación de algunos conceptos que se han juzgado tradicionalmente válidos. Por ejemplo, "la tierra es para quien la trabaja". La simplicidad de esta afirmación ha causado muchos desastres agrarios. Mientras la aplicación de esa afirmación no sea rápida, masiva y drástica dentro de una auténtica política de completar los demás renglones de las necesidades humanas, seguirá produciendo frutos endémicos.

Tampoco es suficiente un reparto rápido, masivo y drástico si la calidad del trabajo es tan rudimentaria que la tierra —elemento fundamental de un pueblo— no alcanza el límite mínimo de ser factor positivo de bien común. El trabajo en la tierra, sin una capacidad cualitativa en quien la trabaja, no creemos que sea fundamento suficiente de posesión. Si este criterio se hubiera aplicado al petróleo y hubiéramos dicho: "el petróleo es para quien lo trabaja", nos imaginamos el desastre de nuestra principal riqueza nacional.

Una doble dificultad afecta el éxito de nuestra política agraria: la deficiente capacitación del hombre del campo y la dificultad del técnico agrario para integrarse al mundo campesino. Con excesiva frecuencia las oficinas técnicas agrarias aparecen como algo extraño, artificial, y los técnicos, no como parte de su mundo, sino como miembros de la burocracia estatal, cuya vida no depende de los logros e incertidumbres de la tierra. Educar al campesino supone tener vocación y decisión de vivir con él, acompañándolo en su proceso de superación, compartiendo, dentro de su mundo, los conocimientos adquiridos.

La política agraria debe tener presente, además, las tendencias existentes en lo que respecta al hombre del futuro. Lo que añora y echa de menos el superdesarrollado de hoy tiene mucho que ver con las virtualidades que siempre han estado conectadas con el campo. Sería ingenuo negar la importancia e indispensabilidad de la industrialización; pero, tal vez, hemos exagerado su importancia productiva olvidando sus efectos defectuosos en lo referente al desarrollo específicamente humano.

Una de las deficiencias sentidas del hombre urbano-industrial es el sentido de comunidad. La forma de producción despersonalizada, competitiva e individualista ha producido una sociedad desconfiada, agresiva, en la que sus hombres se sienten íntimamente solos. La formación de una sociedad nueva en el campo debe estar basada en una forma de producción más comunitaria, en una educación para la cooperación, en una urbanización que permita la máxima inter-relación de sus hombres. Los valores básicos para ello los ha producido siempre la tierra. Nuestra creatividad agraria debe estar fundamentada en su potenciación, no en su eliminación.

Nos quejamos de que las cooperativas de producción agraria han fracasado. Negamos categóricamente esta afirmación. Hemos legalizado agrupaciones de personas como cooperativas. Esto no cumple el mínimo del contenido de una auténtica cooperativa. No se trata de un simple título de propiedad colectiva, sino de un grupo de personas que han sido previamente educadas para una cooperación integral de su vida. Tenemos experiencias de que los grupos que se han organizado así son exitosos y dinámicos. Reconocemos que un sector significativo de la sociedad organizada así es un reto estructural.

Estas orientaciones amplían el verdadero sentido de la tierra, de sus hombres y de la política agraria. No faltarán enemigos poderosos que intentarán frenar su desarrollo. Se impone una política llena de decisión y audacia. Tal vez nos parezca lenta, pero no olvidemos que ya los promulgadores de la Ley de la Reforma Agraria prometieron que serían "los nietos de nuestros nietos" quienes la "leerían como una segunda Acta de Independencia de Venezuela". Todavía estamos a tiempo.